

El grillo

Padre Pedro José Ynaraja

Volvía a casa con el chico que me acompañaba, después de haber visto las plantitas de azafrán. Le comentaba yo que ahora no existía interés por ver o tener cosas tan simples como plantas de nuestra tierra o animalitos que viven de siempre en el país. Se me ocurrió ponerle el ejemplo de los grillos y resulta que a él ni siquiera le sonaba la palabra. Le conté entonces que antiguamente, en llegando el verano, salíamos a buscar bichos de estos, que nosotros decíamos que cantaban ¡pura imaginación! La verdad sea dicha que chirriaban históricamente. Para atraparlos era preciso utilizar una cuidadosa técnica. En primer lugar se debía encontrar el agujero donde se escondía, después introducir una pajita con suavidad, para que no se diera cuenta del peligro y saliese. A continuación pasaba a nuestra cajita, donde le aguardaba una hoja de lechuga. El grillo, para quien no lo conozca, es un insecto negro, brillante y nervioso. Según decíamos entonces, en el dorso, entre las arrugas de los élitros, lucían una P o una R. Creo que los segundos sonaban mejor que los otros primeros. Disfrutábamos y concursábamos, disputando quien era propietario del que duraba más su chirrido. A los mayores de la casa les irritaba y nos obligaban a sacarlo fuera por la noche.

Las actuales tecnologías agrícolas han cambiado muchas cosas. Como consecuencia de los pesticidas han desaparecido o mermado muchos de nuestros bichos, supongo que los grillos han sufrido esta agresión, máxime cuando los herbicidas han actuado sobre plantas de las que se alimentaban. Los chicos de hoy se desentienden de estas búsquedas y se entretienen con artilugios informáticos, no sé si disfrutaban tanto. A nuestros campos les faltan también plantas silvestres y han disminuido enormemente pájaros tan habituales entre nosotros como el gorrión, la golondrina o el petirrojo. Son cosas de los tiempos, son carencias que anulan la posibilidad de vivir sencillas aventuras y contemplar enigmáticas bellezas.

El grillo aparece esporádicamente dos veces en la Biblia, concretamente en el profeta Joel. Posiblemente se hable de él en otros pasajes. Los autores inspirados no eran expertos entomólogos y seguramente los confundían con langostas y saltamontes. No van tan errados, todos ellos son ortópteros, orden insectos, artrópodos en consecuencia.

Y es a lo que quería ir. Son ellos casi 2 millones de especies animales, más del 90 % de las que existen en el mundo, es decir el grupo que ha tenido más éxito biológico en nuestro planeta. Su coraza de quitina, una sustancia impermeable, dura y ligera, les permite vivir fuera del agua y defenderse de muchos agresores. Son los únicos invertebrados capaces de volar. ¡qué logro consiguió la evolución! Dejaron muy atrás a los anélidos, a las indefensas lombrices de pescar, que fueron sus antecesores. Pero esta armadura protectora, fue su prisión individual.

Si me he entretenido en estas disquisiciones es porque veo en la actitud de algunos cristianos de hoy, una postura semejante. Viven su pequeña Fe, tan pequeña que iba a ponerla en letra minúscula, despreocupados de lo que a su alrededor se avecina. Protegidos, aislados, olvidadizos del crecimiento espiritual. Han conocido a tantos aventureros religiosos desequilibrados, que han acabado mal o se han alejado totalmente de la Iglesia, que deciden que es mejor vivir protegidos, encerrados en sí mismos. Pese a que su vida carezca de interés.

La Iglesia prospera por otros derroteros. Un organismo vivo que no crece y se multiplica, está condenado a desaparecer. Bienvenida sea la convocatoria que ha hecho el Papa, de un "año de la Fe". Es preciso huir de la posibilidad de comportarse como grillos.

Padre Pedro José Ynaraja